

— ¡Un médico al momento, Pedro! — gritó con aquel acento de autoridad que conmovía tan hondamente á sus hijos; monta en la mula parda y vé á Alagon: ¡ah, escucha! ¡lleva otra del diestro para la vuelta!

— ¿Para qué? llegaré ántes con una sola; volveré á pié.

Y Pedro salió como una exhalacion del cuartito de su hermana, que habia quedado inmóvil en su lecho como una estatua de alabastro derribada de su pedestal.

XI.

DOBLE EMBOSCADA.

Al dia siguiente por la tarde Enriqueta tenia una elegante lámpara, un almuerzo de china, un servicio completo de tocador, y pagados los 2.000 reales que habia encargado á Lorenzo dijese á su corredora pagaria dos dias despues.

Aquella primera prueba de amor abrió en el arcon de Bruno *el rico* una brecha de 3.000 reales.

¿Pero qué es una gota de agua en el mar ó una chispa en un incendio? ¡Bien poca cosa en verdad!

Todos aquellos objetos fueron entregados á Teresa, que los recibió haciendo arrumacos.

La camarera estaba elegantemente vestida; queria evidentemente conquistar al heredero de *el rico*.

Éste, siguiendo los consejos de Enriqueta, á la que

creia dotada de la sabiduria suprema, hizo el amor á la muchacha, y con bastante destreza, pues el género de camareras le era muy conocido desde que, siendo ya sargento, estuvo una temporada de guarnicion en Madrid.

El pensamiento fijo de Lorenzo era Enriqueta, y quiso hacer hablar algo á su criada acerca de su pasada vida; pero Teresa fué impenetrable, porque estaba acostumbrada á serlo.

Volvió con gran destreza á la conversacion de sus amores, y tan bien se manejó, que Lorenzo, no creyendo comprometerse á nada, pronunció la palabra *casamiento*.

— ¡Ah! ¿de vérás? ¿pensarás en casarte conmigo? — preguntó Teresa, que habia sido la primera en proponer un tratamiento llano.

— ¡Ya lo creo! — respondió Lorenzo con fatuidad; — ¿no eres jóven y muy linda? Yo tengo veintiocho años, y ya es hora de que piense en casarme.

— ¿Pero hemos de vivir en este pueblo?

— Ó en la ciudad ó en Madrid; donde tú quieras.

— Entónces, en Madrid. ¡Oh, la vida de Madrid es deliciosa! ¡No comprendo cómo se puede vivir en una aldea sin morir de fastidio! ¡Cuánto me hubiera yo aburrido aquí, Dios mio, si no te hubiese hallado á tí!

— ¡Ya te daré yo el pasatiempo! — dijo para sí Lorenzo.

— En Madrid — prosiguió Teresa — es muy diferente; como serémos ricos, podremos tener diversiones; tú llevarás levita y yo vestidos de seda, lazos en el cabello y bonitas manteletas; tú, vestido de caballero, es-

tarás encantador ; tomaremos una cocinera, una doncella y un criado que haga tus recados y cuide de tu ropa, ademas de servir á la mesa ; irémos al Prado y á la Fuente Castellana en carruaje ; ademas irémos al café y al teatro. ¡ Oh, será una vida deliciosa !

— Sí, sí, mucho — respondió Lorenzo ; — será muy deliciosa.

— ¡ Lo dices con un tono ! ¿ Serás avaro ? ¡ Mira que lo sentiria mucho ! Es defecto que aborrezco en los hombres, y en tí, querido Lorenzo, siendo tan rico, sería imperdonable ; ¡ lo oyes, imperdonable !

— ¿ Yo avaro ? — exclamó Lorenzo con una risa forzada, porque se fastidiaba grandemente con la charla de la muchacha, que á su vanidad parecia insupportable.

— No vayas á pensar por eso — prosiguió Teresa — que yo te amo por lo que tienes ; no, señor : lo mismo te querria si fueras un pobre artesano ; la prueba de que yo soy en extremo desinteresada, es que pude casarme con un rico comerciante catalan, y no quise ; con un coronel, y lo rehusé ; sí, señor, lo rehusé : á los dieciocho y veinte años es una accion infame venderse.

— Sí, tienes razon — respondió Lorenzo, cuyos nervios, irritados ya, no podian sufrir más. — Pero, querida mia, perdona que te deje ; tengo que hacer.

— ¡ Dios mio, qué poco galante eres, Lorenzo ! ¡ acordarte ahora de tu quehacer !

— Yo volveré.

— Pero ¿ cuándo ?

— Lo ántes que pueda.

— Pues que no tardes.

— No ; adios.

— ¡ Adios, vida mia ! — dijo Teresa con gazmoñería ; — no te olvides de mí.

— Pierde cuidado.

Y Lorenzo echó á andar, muy contento de haber escapado de las melosas protestas de aquella ambiciosa muchacha.

Así como algunos hombres de elevada clase, y ya gastados por los refinamientos de la civilizacion y del buen gusto, emprenden á veces la conquista de una camarera y hallan en ello placer y diversion, los hombres de la clase de Lorenzo buscan en los sueños de su ambicion lo que creen más elevado y más noble ; lo superior les fascina ; sus iguales les son odiosos.

Ademas, en aquella mutua ficcion habia algo de repugnante ; no es lo mismo, ni se asemeja en nada, la camarera de una gran señora honrada y la camarera de una cortesana ; entre las primeras hay dechados de virtud, entre las segundas reside lo más abyecto de la corrupcion social.

Mucho de monstruoso habia en la alianza de Lorenzo y de Teresa ; cada uno por su lado creia enganar al otro ; Teresa se volvia loca de alegría al pensar en que iba á encontrar un marido rico ; ni pensaba siquiera en Bruno : ¿ qué son para esa gente los lazos de la sangre ? Esas mujeres reniegan de su familia y de todas las demas ; su Dios es el oro, y para llegar á él son capaces hasta del crimen.

Teresa se manejó tan bien, que todo el pueblo sabía,

á los dos días de haber llegado, que era galanteada por Lorenzo, y todos compadecían á la pobre Celeste.

¿ Pensaba el hijo de Bruno en aquella pobre niña ?

Ni por un instante siquiera se habia compadecido de su dolor.

Jamas la habia amado; y ademas, su rencoroso natural no podia permitirle perdonar la ofensa que el alcalde le habia hecho.

Sólo habia sido aquel amor una ilusion de sus sentidos, ó un entretenimiento á la ociosidad de su vida.

No era aquel ángel de pureza, de virtud y de inocencia quien podia cautivar el ánimo de Lorenzo; éste necesitaba el estruendo del torrente, y Celeste era el arroyo tranquilo que reflejaba el azul del cielo.

Un alma fuerte gusta de la serenidad, de la calma suave y de la dulzura de un ángel.

Un alma débil anhela tempestades, pasiones culpables y borrascosas.

¿ Quién era Enriqueta ? ¿ lo que ella habia dicho ?

Tal vez sí; hija del crimen, y educada en las fatales máximas del vicio, su destino era envolver en su ruina á cuantos la amasen, ó ser esclava del capricho de los poderosos.

Su alma estaba gangrenada, su salud perdida, porque la devoraba el tedio y el hastío de sí misma; y sin embargo, Lorenzo debia preferirla, y la preferia á la pura y dulce niña que Dios habia puesto en su camino. Algunos días pasaron en buscar Teresa ocasiones de hablar á Lorenzo, y éste en huirlas.

El licenciado no vivia más que por la noche, esto es,

á la hora en que podia ver á Enriqueta, que bajaba, como una blanca sombra, á encontrarle en la plazoleta de los árboles.

En una de estas entrevistas, y ya al retirarse, apoyó su cabeza en el hombro de Lorenzo y dejó escapar un débil suspiro.

— ¿ Qué tienes ? — preguntó el incauto, que hubiera subido al cielo en busca de las estrellas por verla sonreír.

— ¡ Oh, no puedo decírtelo ! — respondió ella meciendo tristemente la cabeza.

— ¿ Por qué ?

— ¡ Es una cosa tan amarga de expresar ! ¡ Perdóname que guarde silencio !

— ¿ Por qué me dices que me amas ? — preguntó Lorenzo con amargura.

— ¿ Por qué ? porque es verdad.

— ¡ No, no ! no es verdad, cuando me ocultas tus penas.

— Se trata de una de mis deudas.....

— ¿ De una deuda ? ¿ y eso me ocultas ?

— Sí..... es una suma crecida, y no quiero que la pagues como aquel pico que.....

— ¿ Á cuanto asciende esta deuda ? — preguntó Lorenzo con la misma ansiedad que si quisiera ejercer un acto heroico.

— ¡ Oh, asciende á mucho ! — respondió la cortesana pasando sus dedos por los cabellos de Lorenzo.

— ¿ Pero á cuánto ?

— ¡ Te vas á asustar !.....

—¿Asustarme yo por cuestion de dinero?—dijo Lorenzo con una vanidad feroz; ¡dime lo que es!

—¡Esa deuda..... asciende á seis mil duros!

Lorenzo respiró como si hubieran quitado de su pecho una montaña de plomo.

—¡Ya ves qué exorbitancia!—dijo Enriqueta.

—¡Yo creí que era más!—repuso él;—¡eso no es gran cosa, y así que sea tu marido pagaré, no sólo esa, sino todas las demas!

—¡Casarnos!—murmuró Enriqueta;—¿qué falta nos hace? ¡Odio las cadenas!

—¡Si casi me has prometido ser mi mujer!

—¡Qué quieres!..... un momento de tontería..... yo soy toda caprichos..... hoy pienso de otro modo, y creo que para quererse mucho es lo mejor no casarse: ¿á qué esa obligacion? Deja que nos ate sólo nuestra voluntad, y no esos nudos pesados, por lo mismo que son imposibles de desatar.

La bella cara de Lorenzo se revistió de una triste expresion al escuchar estas cínicas palabras, y quedó pensativo durante algunos instantes; pero aquella nube del alma ó aquel secreto aviso de su conciencia le preocupó durante muy pocos instantes, y volvió de nuevo á recobrar su expresion animosa y apasionada.

Lorenzo era muy débil campeón para luchar con aquella heroína del vicio.

—Tienes razon—contestó—tienes razon como siempre; ¿á qué buscar otra dicha que la de amarnos? Sólo necesito estar á tu lado y verte continuamente: ausente de tí, mi vida sería un martirio insoportable; no existo

ahora más que para esperar los instantes en que te veo, y el dia no es otra cosa para mí que un largo tormento.

Una sonrisa burlona entreabrió los labios de Enriqueta: aquella elocuencia exagerada no alcanzaba á conmover su corazon frio y gastado, y no era extraño, porque el entendimiento más sencillo la hubiera encontrado, sin saber por qué, chocarrera y falsa.

Nada hay más ridículo que el lenguaje romántico y exaltado que adoptan las personas de escaso talento para encubrir su nulidad: la más grosera sencillez es mucho más sublime, y aquella mujer, dotada de talento y amaestrada en la escuela del mundo, sintió, á pesar de su depravacion, cierto sentimiento de repugnancia hácia aquel hombre, que sin ningun género de lucha olvidaba sus más sagrados deberes para apegarse á ella que le despreciaba y que sólo trataba de arruinarle.

En las mujeres de la clase de Enriqueta hay nobles instintos.

Esas criaturas aman la virtud en los demas por la sola razon de que ellas huellan todas sus leyes: estragadas de alma no ménos que de cuerpo, sólo aman aquello que no pueden alcanzar, y para ellas no hay en su vida galante, y tratándose de los hombres, más que dos extremos: dominar como déspotas, ó arrastrarse como esclavas á las plantas del hombre en quien hallan la superioridad del talento, del valor y de la virtud.

Lorenzo debia ser la mosca infeliz que enredase en su diáfana pero terrible tela aquella araña de gasa, cuya alma, más que su cuerpo, era lo que tenía mayor semejanza con aquel asqueroso insecto.

Su risa, al oír las protestas de Lorenzo, hubiera podido decir al jóven lo que debia esperar de ella; pero no pudo verla á causa de la oscuridad de la noche y de la doble oscuridad de su obcecacion.

—De modo—dijo Enriqueta, decidida ya á engullir aquella presa algo desabrida, pero tan rellena de oro;—¿de modo que cuando yo me vaya, me seguirás?

—¡Quién lo duda!—respondió Lorenzo, sin oír un ligero ruido que sonó entre los hojaranzos del seto.

—¿Y dejarás á tu padre?—preguntó de nuevo Enriqueta, que tampoco habia oido nada.

—¡Sí, todo lo dejaré por tí!

—¿Y á tu novia?

—¡No me hables de ella!—murmuró Lorenzo como avergonzado, porque ya estaba en el caso de avergonzarse de todo sentimiento bueno.

—¿Ya no te acuerdas de Celeste?

—La olvidé para siempre desde el instante en que te vi.

El ruido de los hojaranzos volvió á oírse, pero mucho más fuerte: separáronse las ramas y apareció Teresa pálida, convulsa y jadeante de ira.

La muchacha estaba horrible: tal era la contraccion de sus facciones, que se advertia á la vaga claridad de la luna, muy alta ya aquella noche.

Tanta era su cólera, que no podia salir de su garganta, ni hallaba acentos que la expresasen, y durante mucho rato permaneció mirando, ya á su ama, ya á Lorenzo, con ojos encendidos y extraviados.

—¿Conque así me engañabas?—gritó por fin mirando al hijo de Bruno;—¿conque te burlabas de mí?

¿conque te has fingido enamorado de mí para desorientar á las gentes? ¿Quién te ha enseñado tales astucias, labriego ruin, con humos de señor? Pero yo no sé por qué me canso en preguntarte viéndote al lado de quien estás: ¡no es tu mollera vacía la que ha discurrido este chasco, no! ¡eres tú demasiado majadero para eso! ¡Pero no importa! ¡ya verás el pago que encuentras; y mientras llega, ya verás lo que tienes que pasar y lo que te sucede! Y V., señora, demasiados pájaros tiene entre manos que desplumar para venir tambien á dar cuenta de éste: yo pensé que V. se estimaba en más y que despreciaria á este campesino presumido con esas manos tan negras y esos piés tan grandes.

—¡Teresa—gritó Enriqueta indignada—repórtate!

—¿Que me reporte? ¿y por qué? ¿no estamos iguales, supuesto que V. me ha quitado mi novio? Es verdad que en otra ocasion yo la desbanqué á V. con el Marqués de.....; pero á aquél no le quedaba un cuarto y hube de contentarme con algunos regalillos.

—¿Callarás?

—¡No, señora! ¿qué he de callar, si ya no soy su doncella de V? ¡Ya verá V. si me echa en falta! ¡ya verá quién la ayuda como yo en sus tramoyas! He de contar al señor lo que pasa, y le he de decir que se *la pega* usted con un rústico labriego; ¡yo sé lo que he de hacer!..... Y tú, majadero, necio, presumido, destripaterrones, sábetete que te quieren porque eres hijo de Bruno *el rico*, y hasta que dejes á tu padre limpio de cuanto dinero tenga; ¿lo oyes? En el pecado llevas la penitencia. ¡Ya verás el pago que te dan!

Teresa, dichas estas palabras, desapareció dejando petrificados á los dos amantes, pues Enriqueta, á pesar de su serenidad, tampoco pudo volver fácilmente de su sorpresa.

XII.

REVELACION.

Á la mañana siguiente, y ántes de dar las seis en el reloj de la iglesia de Cabañas, la familia del alcalde y algunos de sus vecinos se hallaban al rededor del lecho de Celeste, que habia pasado la noche delirando.

Tambien se hallaba allí el médico á quién habia ido á buscar Pedro, y que habia llegado á eso de las once de la noche anterior conducido por el muchacho.

Éste se hallaba sentado á los piés del lecho con los brazos cruzados, sombrío y pensativo: el cansancio se retrataba en sus toscas y enérgicas facciones; pero esta expresion estaba eclipsada por otra de dolor agudo y concentrado.

Los espesos cabellos oscuros de Perico estaban pegados á sus sienas por el sudor de su carrera cuando habia vuelto de acompañar al médico; sus labios, contraídos, estaban plegados por una amarga sonrisa; su cara, rosada y llena siempre, estaba ahora pálida, y sus ojos se hallaban rodeados de profundos círculos oscuros.

Cerca de él, el rubio Marianito lloraba porque veía llorar á su madre, que ora se cubria la cara con su delantal, ora se acercaba al lecho donde yacia Celeste.

Juan María, sentado á la cabecera del lecho, tenía las manos cruzadas sobre las rodillas, en actitud de amarga y profunda desolacion; de cuando en cuando brotaba una ancha lágrima de sus párpados, que corría por su tostada mejilla hasta su pecho, perdiéndose entre los blancos pliegues de su camisa de hilo.

Al violento delirio de Celeste habia sucedido una inmovilidad completa; aquella naturaleza débil no podia resistir por mucho tiempo tan violentas sacudidas, y yacia como una pobre azucena tronchada por el viento y doblada sobre sí misma.

Apénas se distinguía la blancura de su rostro de la de sus almohadas; sus grandes ojos azules estaban cerrados y guarnecidos por la doble franja de sus pestañas rubias, cándido y virginal adorno de los ojos de las niñas.

Su boca, pocos dias ántes tan fresca y rosada, se asemejaba ahora á una flor arrancada por el viento; tal estaba de pálida y marchita.

Extendíase por las almohadas la espléndida masa de su rubia cabellera, que destrenzada por las angustias del delirio y libre de toda sujecion, formaba gruesos anillos naturales y elásticos tirabuzones; en fin, su frente tan blanca, tan serena siempre, se contraía de vez en cuando, como si un pensamiento amargo traspasára su cabeza como un dardo de fuego.

Las vecinas estaban junto á la puerta en pié y sin

atreverse á turbar á la familia en su desolacion. Entre las faldas de indiana y los pañuelos de colores de las mujeres se veía la blanca camisa de algun padre, hermano ó marido que por afecto á la familia de Juan María habia retardado el ir al trabajo, y que asomaba con tristeza su tostado semblante por entre los de las mujeres.

El médico fué la primera persona que rompió el silencio que hacía rato reinaba: levantóse de la silla que habia ocupado al lado de la mesita, y se acercó á Juan María:

—Vamos, valor, alcalde—le dijo;—Celeste no está tan mala como VV. suponen.

—¡Ah, don Benito! ¿eso es verdad?—exclamó Juan María levantándose;—¿no me engaña V. para tranquilizarme?

—No—respondió el médico—ya me conoce V. de muchos años y sabe que no soy capaz de eso: Celeste no está hoy en un grave peligro; esta crisis pasará; pero quedará sujeta á una debilidad extrema, de la que tardará en recobrar. Yo ahora me marcho y volveré á la noche; pero ántes de irme deseo hablar con V. dos palabras solas.

—Vamos á la otra pieza—dijo Juan María sobresaltado.

—No hay que asustarse—dijo el médico con bondad; es sólo una pregunta la que deseo hacer.

El alcalde y el médico salieron del aposento, abriéndoles paso todos los vecinos.

Cuando se hallaron en la sala que servía de dormito-

rio á los esposos, don Benito tomó de la mano á Juan María y le llevó hácia la ventana.

El alcalde con toda su voz gruesa y severo aspecto se puso á temblar.

—Repito que no hay que asustarse—dijo el médico—y vamos al caso: es preciso que me responda usted con toda sinceridad: ¿Celeste queria mucho á su novio?

—¡Mucho!—respondió Juan María.

—¿Por qué han reñido?

—¡Si ella no ha reñido con él! No sé á qué haya venido la incomodidad de Lorenzo, á no ser porque mi mujer le reprendió por su poca aficion al trabajo: él insultó á mi mujer y la levantó la mano, y entónces mi hijo Pedro, que estaba allí por casualidad, le sacudió; yo oí el ruido, fuí allá y metí á los dos en la cárcel.

—¿De modo que los novios no han reñido?

—¡No, señor!

—Entónces hay esperanzas de que Lorenzo, así que se le pase el enfado, vuelva.

—Yo así lo espero.

—Y es preciso que suceda; sólo la vista de Lorenzo puede volver la salud á esa pobre niña.

—Entónces iré yo mismo y le pediré perdon del castigo que le impuse: duro es, pero mi hija sobre todo.

—Usted hará lo más conveniente, Juan María, porque le prevengo que es preciso para Celeste el amor de ese hombre: nunca hubiera sospechado en ella, con su dulce aspecto, un alma tan apasionada.

El médico salió dichas estas palabras, y Juan María

le siguió: aquél bajó la escalera, y éste volvió al cuarto de su hija.

Celeste no habia cambiado de postura y permanecia inmóvil.

—Hijo—dijo Juan María á Pedro—véte á descansar un poco: debes estar rendido.

—No estoy cansado—respondió el muchacho bruscamente;—déjeme V. aquí.

—¡Pero si has hecho tres leguas á caballo y tres á pié!

—Eso no importa.

Juan María no pudo responder: se oyó en la escalera el crujido de un traje de seda, y un momento despues, apartando con ímpetu á las atónitas aldeanas, se presentó Teresa en la estancia.

Llevaba sobre su traje una manteleta y una papalina de viaje.

—Me alegro de hallar aquí á tanta gente reunida—dijo—porque de ese modo será más público lo que voy á decir: buena mujer—prosiguió acercándose á Joaquina—ha de saber V. que si Lorenzo no viene por aquí es porque se halla muy metidito con esa señora que ha llegado á la quinta.

El estupor paralizó todas las lenguas.

¡Lorenzo en relaciones con una dama de la ciudad, y aquella hermosa señora haciendo caso de Lorenzo!

Era tan monstruosa la noticia, que los aldeanos y toda la familia de Juan María se miraron como para preguntarse si estaban soñando.

El primero que volvió de la sorpresa, ó mejor dicho, que no se sorprendió, fué Perico.

Volvió su rostro torvo y contraído hácia Teresa, y le dijo con voz terrible:

—¿Y á tí quién te manda venir aquí á rompernos la cabeza?

—Es que yo quiero vengarme de ellos—repuso Teresa:—¡los dos me han engañado! él me habia dicho que se casaria conmigo.

—¡Dios mio! ¿conque para él no hay mujer segura?—exclamó la alcaldesa en el colmo del horror;—¿conque ha sido infiel por dos veces á esta pobre criatura?

—¡Y lo que es ahora en buenas manos ha caido!—prosiguió Teresa;—aunque parezca vanidad, mejor le hubiera ido entre las mias..... ¡pero con esa hiena!.....

—¡Ay, santó Dios! muchacha, ¿cómo habla V. así de esa señora?—exclamó una anciana labriega juntando cándidamente las manos.

—¡Señora, señora!—exclamó irritada Teresa;—¡si es una infame! ¡si es una mujer que se dedica á tragar caudales como un perro moscas, y que no cobra cariño ni á la camisa que lleva! ¡una bribona que se viste de seda y encajes, robados, como quien dice!

—¿Y eso es tu señora?

—¡Eso y mucho más! Pero poquito á poco, que ya no es mi señora; esta noche he dormido ya en casa del ordinario, mediante un duro que le he dado, y ahora mismo me voy á la ciudad, y desde allí á Madrid; ¡la culpa tuve yo por venir á estos andurriales!

—¿Pero cómo has sabido tú que Lorenzo está festejando á esa otra bribona como tú?—preguntó Pedro severamente.

—¿Que cómo lo he sabido? Como que los he visto y oído: todas las noches va él á la plaza que hay delante de la quinta, y ella baja á estar con él de conversacion.

—¡De ese modo—repuso el muchacho, cuyo raciocinio era muy exacto—la persona que echó á correr la otra tarde al oirme llegar á mí, no eras tú como yo me figuraba!

—¡Qué habia de ser yo! ¡era mi señora! ¡era ella, que le va persiguiendo desde que llegó!—dijo Teresa;—¡que no le dejará de la mano hasta que le saque todo cuanto tenga, porque es pájaro de cuenta, y ántes de llegar aquí, ya sabia que era rico!

—¿Pero cómo podia saberlo?—preguntó Joaquina, que atónita con aquella vergonzosa narracion, no podia darse cuenta de si dormia ó si estaba despierta;—¿quién se lo habia de decir?

—¿Y para qué necesita ella que se lo diga nadie? esas mujeres huelen el dinero, como los cuervos los muertos—respondió la camarera, olvidándose de que ella pertenecia tambien á la misma clase vergonzosa.

—Basta ya de conversacion—dijo el alcalde, que hasta entónces habia permanecido callado, adelantándose severamente;—basta, y salga V. de mi casa: á no ser porque deseaba saber toda la verdad, jamas hubiera usted ofendido los oidos de mi mujer con tan desvergonzada relacion: ya lo ve V., á pesar de sus cincuenta años, está colorada y llena de pasmo.... porque no sabia ella que la raza de V. y su ama existiese sobre la tierra; pero se trataba de la vida de mi pobre hija, y he necesitado oir todo lo que V. ha querido decir: ahora, que

ya sé á qué atenerme, váyase V., y del pueblo tambien.

Teresa, amedrentada al oir al alcalde, salió sin decir una sola palabra, y el honrado labrador se puso á pasear por el cuarto, meditabundo y sombrío, miéntras que Joaquina, que habia visto hacer un breve movimiento á Celeste, acercaba á sus labios una bebida cordial que el doctor habia dejado preparada.

XIII.

EL SEÑOR CURA.

Un instante despues entraron el señor cura y su madre; los dos habian pasado una gran parte de la noche anterior en casa del alcalde.

Voy á dar al lector una idea, si bien muy ligera, de estas dos personas, modelos de bondad y consuelo de todos los afligidos del contorno.

Era la señora Plácida una viejecita muy próxima á cumplir los setenta años de su edad, de poca estatura, pero robusta y sonrosada: habitualmente residia la alegría en su semblante; pero cuando veia una afficcion ó le referian una desgracia, demostraba la más extremada sensibilidad.

Casada muy jóven con un rico arrendador, habia tenido por único fruto de su enlace al hijo que, siendo despues un ministro del Señor, habia ademas de ser su mejor guía y su más cariñoso amigo.